

EDUCACION CIVICO-SOCIAL EN LA ESCUELA

Antonio APARISI

**Delegado de los Servicios de
Educación del Ayuntamiento
de Madrid**

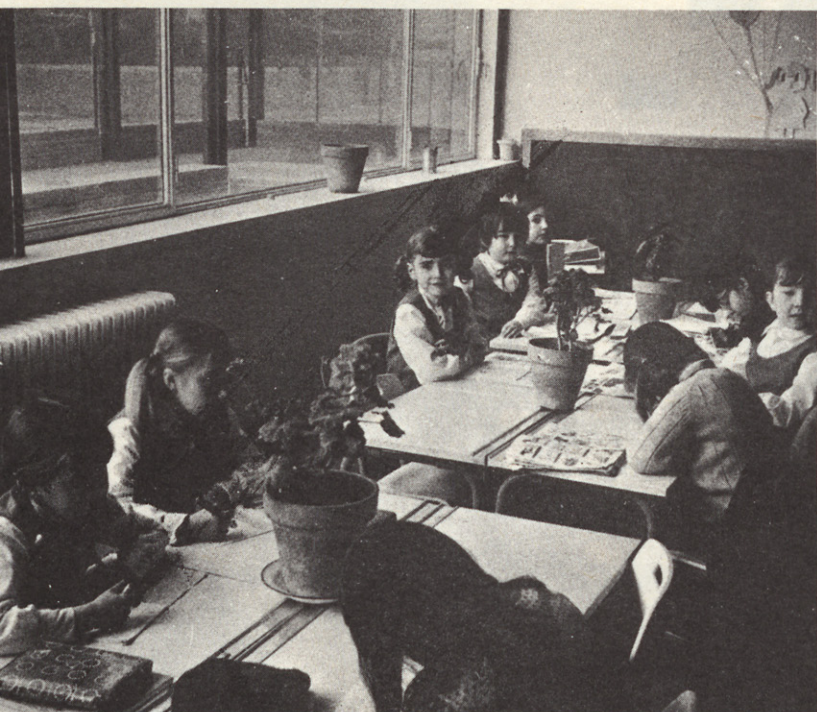
Al contemplar estas fotografías del Colegio Nacional "Lepanto", el director de esta revista escribía: "En las fotos interiores hay algo que se puede considerar como muy importante; resulta que unos profesores inteligentes han ordenado el mobiliario de un modo tan sugestivo que dan lugar a unas clases tan "al día", tan cordiales, con tanta falta de rigidez y dogmatismo, que ciertamente encanta".

Me pide la Revista "Arquitectura" unas palabras sobre el Colegio, sobre esa estructura nueva de la Educación General Básica que ya se advierte en nuestros centros; y es lo cierto que nada mejor que inspirarnos en esos mismos comentarios de Carlos de Miguel para glosar un nuevo concepto de la enseñanza que, rompiendo seculares tradiciones de una escuela triste, alicortada, rutinaria, abra nuevos horizontes a esos niños —que son lo mejor de nuestro pueblo— que en la vida se han de proyectar con el sello indeleble de lo que fue su educación.

Por los años de 1962, habíamos regresado de un viaje por Estados Unidos. Bajo los auspicios de la "International Cooperation Administration" (I.C.A.) pudimos, durante unos meses, conocer —en un recorrido por varios Estados— los esquemas educacionales de aquel país. Y es lo cierto que sin dejarnos impresionar exageradamente por las tasas de escolaridad

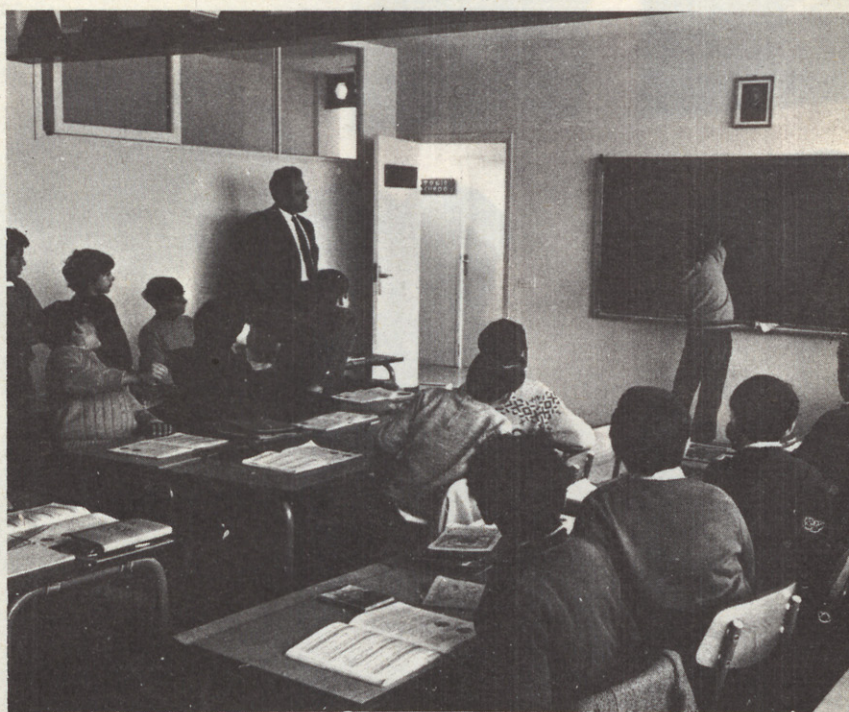


logradas del nivel de la enseñanza, del grado de obligatoriedad, del exacto cumplimiento de la igualdad de oportunidades... lo que sí nos recordó aquella "Primary School" o "High School" americana, fue un concepto, una definición que era netamente española pues arrancaba de una frase lapidaria de nuestro filósofo Séneca que para este tipo de escuela pedía un cometido exacto, elevado y difícil: preparar para la vida. Entonces, anticipábamos lo que podrían ser directrices de una educación general básica —educación para todos— y para ese tipo de escuela que a Carlos de Miguel le ha llamado la atención pedíamos. La escuela, durante este primer período obligatorio, debe ser estimada por el niño como algo grato, como una prolongación de su hogar; no olvidemos que el pequeño empieza a descubrir la vida, y en esas ideas tan simples: escribir, leer, contar, jugar... conocer el mundo que le rodea, el país en que vive, los accidentes geográficos, la naturaleza y los fenómenos atmosféricos, la historia de sus antepasados... todo eso que parece tan sencillo es lo que el buen pedagogo ha de ir despertando en el niño, al estilo de como lo hicieron quienes en nuestra Patria supieron crear escuela de tan alto magisterio. No es posible que con la tradición de nuestras órdenes y congregaciones religiosas —San José de Calasanz,



Manjon...—, con el antecedente de tan magníficos apóstoles del magisterio, nuestra escuela no sea la mejor del mundo y aquélla en que se inspiren programas eficientes en este campo se quieran desarrollar.

Y todavía para un segundo período de educación general básica, decíamos: "Pero si tras esos primeros años de escuela primaria consideráramos terminada nuestra tarea, quedaría incompleta nuestra labor. El niño tiene que dar un paso más; no basta que sepa leer, escribir, contar... Ha de adentrarse en la realidad natural, histórica, social, cultural, religiosa, del pueblo o de la ciudad en que vive. Esto supone introducir al escolar en algunas técnicas, elementales si se quiere, pero que le familiaricen con el medio ambiente y con la realidad socio-económica de una comunidad en la que se va a insertar." Puntualizábamos el contenido de los programas y decíamos: "La gramática, estilo, literatura, iniciación en el conocimiento de lengua extranjera; la geografía, las ciencias físico-naturales, no deben constituir



todavía una enseñanza sistemática, sino que entrarían en el cuadro de la cultura general; las matemáticas teóricas —geometría y álgebra estudiadas deductivamente— no han de atormentar al muchacho, pues corríamos el riesgo de comprometer para siempre la comprensión y afición a una ciencia tan importante". Y terminábamos: "tendríamos que introducir toda la gama de los trabajos manuales que con las disciplinas formativas aseguren en el niño esa formación —mejor, educación— integral, objetivo de nuestra tarea".

Y que la arquitectura ha de jugar un papel importante en este nuevo concepto e la educación a nadie se le oculta. A los requisitos que ha de reunir el profesorado y a las exigencias pedagógicas que la nueva tarea impone, precisa que el centro donde la enseñanza se imparte cumpla unas condiciones que hagan posible que el niño "se mueva" con esa libertad, con esa espontaneidad que se advierte en esas fotografías que comentamos. La enseñanza pierde rigidez y gana en naturalidad; los espacios para







grupos coloquiales, las zonas de laboratorio, la sala de usos polivalentes, la biblioteca, las instalaciones deportivas, los patios de recreo, las zonas verdes... son todo ello módulos y superficies que el arquitecto —como buen humanista— ha de prever para que el Colegio, en el que durante muchos años y muchas horas ha de transcurrir la vida del niño, sea aquel centro grato, entrañable, lleno de luz y alegría en el que se vayan formando esas almas tiernas y nobles de nuestros hombres y mujeres del mañana.

La escuela, así concebida, gana en dimensión pues en ella no se trata sólo de acumular saberes sino que procura y atiende a una formación humana y social. El Centro de Orientación y Documentación Didáctica, insistía no hace mucho en unas instrucciones facilitadas a los maestros —hoy profesores de educación general básica— para que aplicaran con el mayor cuidado las normas metodológicas de una educación cívico-social: primer contacto del pequeño con la realidad social circundante; aspectos nuevos de realidades convivenciales: el niño concreta su yo social en relación con los demás, a la vida familiar y a la relación escuela-compañeros, se añade el concepto “el niño en la localidad”; el niño llega a una etapa de estabilidad y equilibrio y el educador la aprovecha para ir señalando como centros de interés, la casa, el colegio, la calle, la naturaleza... y en torno a esas ideas surgen personas, instituciones, cosas, objetos...; un paso más y el maestro estará en condiciones de hablar al muchacho de la vida profesional e integración en el mundo objetivo de la realidad.

Cuando el Ayuntamiento de Madrid puso su empeño en el ambicioso plan de construcciones escolares —al que la Revista “Arquitectura” dedica este número— no queríamos sólo sumar puestos escolares, pues la solución cuantitativa de plazas logradas, no era bastante si esos centros que aparecen por la ancha geografía madrileña no ganaban calidad. Hemos de rendir tributo de admiración a los técnicos que en el Plan han colaborado. Conscientes de que la empresa era importante, más de veinte arquitectos se aplicaron a proyectar estas nuevas escuelas de las que se pueden

ofrecer fotografías como éstas del Colegio Nacional “Lepanto”. Son colegios en los que gracias a la previsión y acierto de las normas constructivas, pueden los profesores desarrollar esos programas que, llenos de un contenido humanístico, inciden en la temática de la formación cívico-social que ha de cumplir la escuela. Recientemente —y con ello terminamos estas cuartillas— al Instituto de Estudios de Administración Local, facilitábamos el temario de una llamada “Campaña Municipalista Escolar” que pretendía dar al niño esa primera visión de pequeño ciudadano, que se va a enfrentar con el complejo mundo de una vida en comunidad. ¿Temas de estudio? ... He aquí unos cuantos: La convivencia como respeto de la personalidad de los demás; la ciudad como residencia cómoda y bella: criterios de estética urbana; la naturaleza en la ciudad: parques, jardines, árboles, plantas, animales...; la limpieza como elemento de higiene; el tráfico: conocimiento y respeto a sus normas; el deporte como ejercicio físico y como una concurrencia leal; el sentimiento de justicia y el respeto del orden público; otras ciudades de España y del mundo: su comparación estética...

Sean pues nuestras últimas palabras de reiterada gratitud a la Revista “Arquitectura” y a cuantos técnicos con nosotros han colaborado en la ejecución del Plan de Construcciones Escolares.

Antonio G. G. G.